



## La información y la verdad

**E**l imperio de la nota tiende a separar a nuestros medios de la tarea de informar. El reportero acude al acto, observa rutinariamente lo que sucede, apenas hace caso de lo que oye, salvo que el orador grite, hable fuerte, trastabillee, se equivoque o alguien lo increpe o le silbe dentro de la sala.

En ese momento está cumplida su tarea: tiene la nota. Y si el que gritó o al que le silbaron es el presidente, es posible que tenga "la de ocho" (la nota de ocho columnas, la principal del día siguiente).

Trasládese el lector a este peculiar estado de alerta ante lo incordiante, lo bufo, lo ridículo, lo monstruoso o lo desfachatado, y tendrá la prioridad de una abrumadora mayoría de reporteros, fotógrafos y comentaristas que cubren algo.

No inventan lo que ven, pero lo registran sesgada y desequilibradamente. Las redacciones de periódicos y noticieros premian luego esa elección estrábica, noticiosa sin duda, la publican en buen lugar y confirman al periodista en su decisión profesional de haber consignado el despropósito más que la información, la estridencia más que la verdad de lo que tuvo frente a él.

La verdad es una señora complicada que no se entrega con facilidad al escrutinio de nadie. Pero la verdad periodística, la verdad

que se espera de aquellos que fungen como nuestros ojos y nuestros oídos en los lugares donde no podemos estar, no es esa fortaleza impenetrable de los filósofos, sino una señora que se conforma con ser reflejada razonablemente, con fuentes y palabras precisas, con un equilibrio eficaz entre lo importante y lo anecdótico que sucede a su paso.

Lejos de mí la pretensión de echar de los diarios la bufonería, la disonancia, lo estúpido maravilloso o lo vulgar irredento.

Pero a fuerza de tener ojos demasiado entrenados para eso, los acabamos teniendo *sólo para eso*. Terminamos ofreciendo al público, como en la semana que pasó, no sólo una versión pobre de la verdad que hay en lo que vemos, sino la más deschavetada, en cierto modo la más irresistible, cuyo manto acaba cubriendo, empapando y emparejando a todos.

A fuerza de ver a un par de personajes bufos encarnar la celebridad política en los medios, nuestra vida pública se bufoniza, nuestra observación y nuestro conocimiento de ella se degradan también, como la cabeza de quien sólo lee basura o el paladar que quien sólo come fritangas.

Hay que leer basura y comer fritangas, y hasta disfrutarlo, pero no todos los días, ni a ocho columnas, ni en todos los medios serios de la cadena alimenticia nacional. ■■

[acamin@milenio.com](mailto:acamin@milenio.com)

